

panojo, y no es verdad que éste fuese importado de América; en el valle hubo en remotas edades mayor vecindario del que hay en estos tiempos y ha habido en los últimos siglos, y sobre las actuales mieses nótese algunas señales de haberse cultivado grandes extensiones de terreno; las pestes ocasionaron grandes mortandades, y las guerras contribuyeron a la despoblación creciente... Y avanzando más, después de un encabuzamiento de vecinos del año 1762, de otro de 1822 y de otros posteriores, se ve el censo de 1887, que hace subir el número de vecinos del Valle á 894—calculándose que cada vecino «comprende» cuatro habitantes,—y se advierte que ha disminuido mucho la población en los últimos sesenta y seis años. Atribuye el señor Sáinz de los Terreros este nuevo decrecimiento á diversas causas, entre ellas la falta de vías de comunicación, y se lamenta de él y de la baja que ha motivado en la producción industrial y agrícola. Hablando de esto, prueba el autor la posesión de nada vulgares conocimientos y un buen sentido que le induce á afirmar que merece la agricultura mayor aprecio que otros muchos ejercicios y artes impuestes y pagados por el lujo; agregando á esta verdad otra tan irrefutable, la de que si se pretende «que llegue á ser feliz el estado de los labradores y que sea la agricultura ocupación útil y digna del hombre noble, es preciso que no pasen de lo moderado y equitativo los tributos, en cuya imposición los gobiernos bastante suelen excederse.»

En el capítulo V, «Montes de caza», para estudiar mejor los que posee Soba, remóntase el señor Sáinz al siglo XIV y busca en el «Libro de la Montería» de don Alfonso oncenove noticias á ellos referentes, y de obra tan antigua copia los datos que aparecen en el capítulo citado, y dice á los lectores que no lo sepan que se llamaban La Mesa, Gascon, El Desuebi y Lez los sitios que ofrecían quehaceres á los cazadores. Muy oportunamente interpoladas, hay cosas de interés que no se relacionan con el Valle de Soba, y sí, en general, con las cacerías de hace siglos, en las páginas que á los montes sobanos se refieren, acerca de los cuales, dícese después que andan por ellos en todo tiempo los jabalíes, pero escasean los osos, que únicamente hacia Asón se presentan algunas veces. Y aunque no son sitios los montes de Soba muy á propósito para que á ellos se vaya en busca de diversiones cinegéticas, no faltan allí liebres y perdices, jabalíes y corzos, codornices y tórtolas, buitres y quebrantahuesos, águilas y halcones con que puedan los hijos del país ejercitar la puntería.

Este á que vamos es uno de los más bellos capítulos del libro, que tras aridesces de cifras y de censos y de datos geográficos y geológicos propios de obra científica, ofrece muchas bellezas de obra literaria. El modo mejor de expresar el buen efecto que produce el capítulo siguiente, sería copiarle íntegro; pero esto podría resultar inconveniente, pues no está bien que se reproduzca en los periódicos lo que más agrada de los libros, acentuando así la «competencia» que hace en el mercado á las hojas «cosidas» la hoja suelta. Baste decir que allí se habla de los santuarios de Soba, y se habla con el sentimiento, con la fe de quien ha rezado en todos. Son tres los principales: el de Nuestra Señora de Sopena, en la Ve-

guilla; el de Nuestra Señora de Irias, en Aja, y el de Nuestra Señora del Rosario, de Rozas. «Los tres—dice el señor Sáinz—están colocados en sitios solitarios, que inspiran dulce melancolía.»

Y ya que ese temor á ir demasiado lejos copiando cosas buenas me obligue á no trasladar aquí, para ahorrarme enojos—pues que son páginas estas que «ellas se alaban»—todo el capítulo V, perdóneme el señor Sáinz si, por afán de que no se que—den sin saborear algo del libro quienes no puedan adquirirle, paso á estas columnas parte del contenido de la hoja al santuario de Rozas dedicada.

«Muchas clases de súplicas se la han dirigido. ¡Son tantas las necesidades humanas! Hasta se la han pedido buenos temporales, y que benéficas lluvias rieguen los campos agostados y secos. ¡Qué espectáculo tan conmovedor han ofrecido en alguna ocasión estas rogativas! Las campanas de la iglesia de Soba repicaban incansantes, mientras la procesión, repitiendo las plegarias que entonaba el párroco, se dirigía hacia la ermita del Rosario, llevando en andas la imagen de la Virgen, que se venera en la parroquia. Al mismo tiempo otra procesión salía al encuentro de la primera, desde aquella ermita, llevando también en andas á la Virgen que la titula y entonando su oración, cuyos cánticos dirigía el cura de San Pedro, y sin que cesase un momento de voltear la pequeña campana del santuario. En medio de un robledal, en la Cabanuela, se verificó el encuentro; el cielo se había cubierto de nubes, de las que llovizna menuda se desprendía, los cánticos de las procesiones, los ecos graves de las campanas de la iglesia y el atiplado de la del santuario se confundían y armonizaban; por entre la fronda resplandecían las luces de las velas y de los cirios, y los distintos verdes de los robles y de las argomas servían de fondo al blanco rojo y dorado de las sagradas imágenes, al plateado de las cruces y al también brillante de los ornamentos de los sacerdotes; los fieles todos entrecidos... Formaban aquellos tonos y colores muy grata armonía, un cuadro lleno de dulzura y el conjunto de más sublime sentimiento religioso; y como la gracia de la lluvia se estaba consiguiendo, el extraordinario efecto que ese cúmulo de circunstancias producía en los asistentes, mejor se sintió que se describe.»

(Continuará.)

EL PERDÓN DE LA PRIMERA COMUNIÓN.

Errese la mañana del día de la primera comunión de unos niños á quienes preparaba para recibir á Nuestro Señor.

Llaman con fuerza á la puerta de mi casa, abro, y un obrero, gorra en mano, me dice:—Soy el padre de José, y vengo á confesarme, porque quiero tomar parte en la dicha de mi hijo, comulgar con él.

Ante aquella visita, aquellas palabras y aquella resolución, no pude dejar de juntar las manos y, levantándolas al cielo, exclamar:—¡Bendito sea Dios!

No hubo jamás relaciones de amistad tan pronta y tan completamente contraidas como las nuestras. Aquel obrero, poco antes enemigo de la Religión por imitar á sus compañeros, en un momento se ha trocado en adic-

to, fervoroso, y está tan cambiado que ni él mismo se conoce. Da gozo oírle prometer que ya no se acompañará con los impíos.

Pueden suponerse mis deseos de conocer los detalles de este cambio tan rápido y tan completo. El padre me da los antecedentes con escrupulosa é interesante exactitud.

—Al volver anoche del taller—me dice,—noté desde luego que mi mujer había preparado una cena algo más substanciosa que de ordinario. Llegaba á casa sombrío y regañón, pero no tardé en alegrarme, ya sea por efecto del cariño con que se me recibía, ya por haberlo dispuesto así el Señor. Sea lo que fuere, púsemé á hablar con mi José, cosa que no había hecho hacia algunos días, y la conversación, con grande asombro mío, tomó un giro bastante alegre.

—Estoy muy contento de verte así—le dije á mi hijo;—te haces todo un muchacho arrogante, y me agrada oír tu palique.

Y era muy cierto, señor, que ayer me pareció mi hijo más guapo que los demás días, y que estaba orgulloso de ser su padre.

En el momento que expresaba mi satisfacción, el chico se levanta y se acerca á mí.

Yo estaba esperando la terminación de la fiesta, porque mi hijo se hallaba muy conmovido, cuando vinieron á llamar á la puerta.

Fui á abrir, aunque bastante disgustado, porque venían á cortar nuestra conversación.

Mientras estaba hablando en el umbral de la puerta con el visitante, que era el sabio del taller: oí que mi mujer le decía al chico:—¡Ay! Es el demonio quien envía á ese miserable. Le conozco por la voz; es aquel impío que ha hecho tanto daño á tu padre, y que trata de llevarlo ahora consigo.

Con el raballo del ojo miraba á mi niño desde la puerta, porque yo no sé cómo ayer lo quería tanto, y lo vi caer de rodillas delante de una imagen de la Virgen, plegar las manos y ponerse á orar.

Esto me llamó mucho la atención, y me interesó tanto que, sin que pueda decir cómo, corté la palabra á mi interlocutor y le di con la puerta en los ojos. Tan rudamente la cerré, que espero no le habrán quedado ganas de volver.

Viéndome entrar, mi mujer me dio afablemente las gracias de que preferiera su compañía á la de otras personas, y tardé poco en recobrar mi buen humor.

José me miraba de una manera especial, bien así como si su dicha estuviera pendiente de una palabra mía. Yo no me explicaba la intensidad y la fijeza de su mirada, más dulce que nunca.

—¿Por qué me miras así?—le pregunté.—¿Será que quieres pedirme algo?

Así como una chispa basta para prender fuego á un montón de pólvora, aquellas mis palabras levantaron á mi niño de su asiento y lo pusieron de hinojos á mis pies.

—Sí, padre mío, querido padre mío. Quisiera pedirle á usted...

Y durante algunos minutos no pudo articular palabra, porque los sollozos se lo impedían.

Miré á mi mujer, y también la vi llorar. Yo no entendía aquello.

—Padre mío—me dijo el chico cuando pudo hablar,—le pido á usted perdón. Perdóneme usted...—añadía juntando las manos y con acento suplicante.

—¿Perdón me pides?—le contesté perturbado y conmovido.—¿Y de qué quieres que te perdone, hijo mío?

—Le pido á usted perdón de lo mucho que le he desobedecido, de mis ingraticudes y de los disgustos que le he dado.

—¿De tu desobediencia? ¿De los disgustos que me has dado?—le dije.—Pues, hijo mío, ¿cuando te he dirigido yo semejantes reproches?

—Sí, padre mío, sí; yo le he desobedecido, puesto que á disgusto de usted, me instruí en la Doctrina cristiana.

Un rayo de luz iluminó entonces mi corazón y mi inteligencia.

—En este caso, no eres tú, Pepito, quien debe pedir perdón.

Y estrechándole tiernamente sobre mi pecho, le dije:—

—¡Soy yo, padre extraviado, que quería, hijo mío, apartarte de Dios, cuando mi deber era enseñarte á quererlo! Soy yo quien debe ser perdonado—continué abrazándole con más efusión;—yo que, á más de buenos ejemplos, te debo buenos consejos...

Yo estaba profundamente conmovido: José se aprovechó de esta mi emoción para escapar de mis brazos y arrojarse otra vez á mis pies.

—Bendígale usted, padre mío, para que mañana, cuando reciba la primera comunión, nada le falte á mi dicha.

¡Mañana! ¡mañana dices!—exclamé consternado.—Pero, hijo mío, si no hay nada preparado...

Yo sentía una pena muy grande.

—No te aflijas—dijo mi mujer.—Y puesto que consientes en ello, nada hace falta.

—No solo te doy mi consentimiento, sino también mi bendición,—añadí mirando al niño, todavía de rodillas á mis pies...

Yo ignoro, señor, que nuevos sentimientos, todos ellos inesperados, entraron de tropel en mi corazón. Sentía en mí el carácter de la paternidad y algo que me hablaba de la grandeza de mi dignidad. Vino á mi memoria que era cristiano, me acordé de mi primera comunión y me puse en pie. Estendí ambas manos sobre la cabeza de mi hijo, y pronuncié solemnemente estas palabras:—

—Sí, hijo mío, Dios te bendiga como te bendigo yo; Dios te conserve la esperanza y la fe; Dios te guarde de la compañía de impíos. Sé siempre muy obediente á tu madre, y serás mi orgullo y mi consuelo... Y quiera Dios que el día de tu primera comunión sea el día más dichoso de tu padre.

El chico se levantó transportado de alegría; me echó los brazos al cuello, y después fue á abrazarse con su madre, y las lágrimas de los dos se mezclaron con inefable ventura.

III

Cuando me refería esto el buen obrero lloraba á lágrima viva. Y nos despedimos, porque tenía que vestirse para presentarse de una manera decente á recibir al Señor sacramentado.

Es de notar que ni José ni su madre habían comprendido el alcance de las últimas palabras de la bendición del padre.

Poco después el chico vino á notificarme el resultado de la escena de la víspera; pero no tardó en conocer que yo sabía la segunda parte de aquella historia.

—Tu padre ha venido á confesarse,—le dije,—y lo verás al lado tuyo y de tu madre recibir á Dios Nuestro Señor, que le ha concedido perdón por perdón, y bendición por bendición.

José alzó los ojos al cielo para manifestarle su gratitud; asomó á sus labios una sonrisa inefable, y desde aquel día jamás lo he visto intranquilo.

Es un joven feliz.

DELMÁS, Presbítero.
(Rev. Franc.)

EL MAGISTRAL DE SEGOVIA

De elocuentísimos califican cuantas personas los han escuchado los sermones pronunciados en la iglesia de Santa Lucía por el doctor don Julián Miranda, magistral de la Catedral de Segovia.

Y elocuentísimos son, en efecto: pocos oradores sagrados, aparte el padre Vinuesa y algunos otros notabilísimos, consiguen apoderarse tan pronto del ánimo de los oyentes: pocos también poseen esa facilidad en la comunicación á las personas que les atienden, de los entusiasmos que sienten ellos. Oyendo á este sabio orador, se sienten arrebatadas por su maravillosa elocuencia, las gentes de temperamento más frío.

El magistral de Segovia siente las cosas altas con la alteza de quienes se hallan penetrados de la sublimidad de la doctrina católica, y se eleva en sus períodos brillantísimos á las regiones de la verdadera poesía, allá donde están las fuentes del arte cristiano, allá donde se fueron á inspirar los artistas que han legado á la posteridad obras geniales.

Decía ayer el orador, y apoyaba sus afirmaciones revolviendo la historia del mundo entero, sacando de ella puñados de pruebas, presentándolas con el adorno de su elocuencia, que todo lo «colorea» y abrinta; decía que nunca llegó el arte de los paganos á comprender y mucho menos á expresar las grandezas que hallaron poetas, pintores y músicos en los acontecimientos anunciados por los profetas y contenidos en la vida del Hijo de Dios y de su Madre Santísima; y, haciendo comparaciones entre las obras del arte antiguo y las del que se inspiró en la fe cristiana, fue examinando las bellezas que nos legaron generaciones extinguidas, y presentó frente á frente las civilizaciones pagana y cristiana, reflejadas en las estatuas, en los lienzos, en los monumentos que nos las recuerdan, y puso en su lugar, en lo bajo de la sensualidad y del materialismo, las estatuas griegas, de formas correctísimas, pero en cuyos rostros de mármol jamás se intentó retratar las bellezas del alma, que entonces no se comprendían; y llevó á lo más alto, á lo purísimo de la virtud y del amor cristianos, obras como las vírgenes de Rafael y de Murillo.

¡La Virgen! ¡La Virgen María!... A ella examina el ilustre señor magistral todos los desbordamientos de su entusiasmo, todas las vehemencias de su palabra elocuentísima, todos los rayos de luz que brotan de su talento privilegiado: anoche habló de los triunfos de la Madre de Jesús, de su triunfo en la cristiandad, de su triunfo en la humanidad, de todos los triunfos suyos que llenan las páginas de la historia.

Quisiéramos poder traer íntegras á estas columnas las oraciones sagradas que el señor magistral de Segovia viene dedicando estos días á la Madre del Amor Hermoso; quisiéramos que no se perdiese ni uno solo de aquellos períodos incomparables, que son para el que escucha como torrente de fuego que inflama el corazón en amor á la Madre amantísima; quisiéramos recoger una por una todas sus frases impregnadas de fe en la Virgen, para que se leyeran y se viesen á leer en esos momentos de desconuelo en que las amarguras invaden las almas, haciendo desmayar á los ánimos más fuertes; porque bebiendo confianza en estos manantiales, refrescando con sus aguas vivificadoras la esperanza en el poder de la Reina de los ángeles, *consolatrix afflictorum*, antes de las explosiones del dolor, brotaría de los pechos más entibiados por tristes errores la súplica siempre atendida del que cree.

Quienes nunca sintieron debilitada su fe en la Virgen Santa, quienes la amaron y la aman con amor de cristiano fervoroso, ¡oh! ¡qué goce experimentan al ver que talentos y elocuencias como las del sabio señor Miranda, dedicanse por entero á honrar á María Inmaculada! Es mayor goce aun que el inmenso del hijo cariñoso que oye cantar las virtudes de su madre.

Llevadas por la fama del ilustre orador, con la avidez de escuchar su palabra incomparable que lanza á flotar entre los aromas del incienso y de las flores, bajo las bóvedas del templo, todas las armonías de una expresión cadenciosa, conmovida por la sublimidad de los misterios que enaltece; todas las alabanzas que puede pronunciar la lengua humana para honrar á la Reina de las Vírgenes; todos los recuerdos de sus victorias arrancados á las grandes epopeyas de estos diecinueve siglos; todas las esperanzas nacidas de la fe y alimentadas por el amor á la Madre del Rey de los Reyes y del Señor de los señores; todas las sublimidades del poema de una Madre que escribieron plumas de oro en el Nuevo Testamento; con esa avidez, repetimos de experimentar el sentimiento de lo divino oyendo aquel frasear que arrastra hacia la admiración del poder y de las obras del Altísimo, acuden á la iglesia de Santa Lucía miles de personas, que llenan por completo los ámbitos del santo recinto, y así rebosa gente aquella nave como entusiasmo consolador la palabra elocuentísima del magistral ilustrado.

NOTICIAS

Esta tarde á las siete dará principio en la iglesia del Corazón de Jesús, con exposición del Santísimo Sacramento, el solemne triduo que la Congregación de la Santísima Trinidad consagra á tan augusta é inefable misterio. Predicará el Padre Ricardo García, de la Compañía de Jesús, y pueden ganar indulgencia plenaria cuantos á él asistan confesando y comulgando.

cual le coloqué tapándole cuidadosamente con mi paletó. Para precipitar la vuelta del calor me puse á frotar sus pies y sus manos, que estaban muy fríos, y la sangre circulaba con dificultad.

La escena que me rodeaba era bastante lúgubre para despertar el terror en un corazón más fuerte que el mío, porque entre otras cosas, cada minuto que pasaba me confirmaba en la sospecha de que en aquellos sitios no había más seres vivientes que nosotros. Sin embargo, quise tener seguridad de ello y empecé á gritar con todas las fuerzas de mis pulmones, pero nadie me contestó como no fuera el eco de mi propia voz repercutido en una garganta sombría y profunda que se hallaba á poca distancia. El eco me produjo miedo, pero no causó ninguna impresión sobre mi compañero, y entonces empecé á abrigo de nuevo la idea de que acaso no podría salvarle. Sin saber exactamente lo que hacía ni por qué lo hacía, corrí hacia un montón de piedras que á poca distancia se elevaba á grande altura, y trepando á su cumbre me puse á gritar de nuevo, pero esta vez no fue el eco el único ruido que me contestó, y con gran sorpresa oí el rumor que hacen muchos pájaros al volar, y unos gritos penetrantes que salían de la parte baja de la colina de piedras en que me hallaba. Aunque me hubiera atacado un enemigo terrible no hubiese retrocedido con mayor terror del que experimenté entonces. Pero no tardé en observar que aquel ruido era producido por una bandada de pájaros á los cuales yo había causado más miedo del que ellos me habían producido. Eran muy gordos y de color sombrío: desde el puente de nuestro buque los había visto varias veces, y los marineros me habían dicho que eran *eiders*. La rapidez de su vuelo y los gritos que daban despertaron á otros que emprendieron igualmente la huida en número de varios centenares, quizá de miles, de los cuales una buena parte se mantuvieron en el aire á respetable altura sobre mi cabeza. Es preciso observar que cuando el *eider* va á buscar su alimento, que consiste en pescados, arranca de su pecho pequeñas plumas, y envuelve con ellas sus huevos cuidadosamente. Encontré, pues, en cada nido un buen puñado de plumas que fui recogiendo poco á poco para abrigo al grumete, y cuando tuve una buena cantidad la transporté á donde se hallaba el joven y la sustituí á la hierba con que le había envuelto. Volví á recoger más y en poco tiempo reuní un montón tan

grande que tuve que suspender la operación por temor de ahogar á mi desgraciado compañero con un calor excesivo.

De la frialdad de un cadáver que tenía el joven grumete fue adquiriendo algún calor poco á poco, su respiración se hizo más rápida y tranquila, y sus párpados empezaron á agitarse; sin embargo, no se abrieron por completo. Gozoso con aquel resultado, le llamé por su nombre, le froté las sienes y las manos, pero no dio ninguna nueva señal de vida. Sin embargo, iba adquiriendo cada vez más calor, y esto me alegraba en extremo.

Mientras yo le cuidaba, una idea muy triste atravesó mi espíritu como un relámpago, recordándome mi angustiosa situación.

—Si logro salvar á este joven—me dije—¿cómo haremos para vivir?

Y calculando en mi imaginación las probabilidades que teníamos de poder sostenernos en aquellas soledades, me senté en una roca, y me puse á hacer mentalmente el balance de mi desgraciada situación:

- 1.º Yo había naufragado, lo cual constituía por sí sola una desgracia bastante deplorable.
- 2.º Había perdido á todos mis compañeros, excepto un débil niño que no estaba en estado de ayudarme ni de ayudarse á sí mismo.
- 3.º Me encontraba perdido en una tierra desierta que no sabía cuál era, pero que estaba muy cerca del polo.
- 4.º Tenía frío y no podía disponer de fuego ni de medios de hacerlo. Carecía igualmente de vestidos.
- 5.º Tenía hambre, carecía de alimento, y no veía la posibilidad de proporcionarle.
- 6.º No tenía ningún líquido que beber ni observaba ningún sitio en que apagar la sed.
- 7.º No había por allí ni una gruta ni una choza que pudiera abrigarnos contra los rigores del clima.
- Y 8.º Carecía de armas para defenderme de los ataques de los animales feroces si se presentaban.

Para hacer contrapeso á estos males, yo tenía cuatro cosas, á saber:

- 1.º La vida.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE LOS ANUNCIOS

Table with 4 columns: SUSCRIPCIÓN, ANUNCIOS, ESQUELAS DE DEFUNCIÓN, PUNTOS DE VENTA. Includes rates for quarterly, annual, and daily subscriptions, and prices for various types of advertisements.

LA BANDERA ESPAÑOLA. Dirección para los telegramas RADA. Línea de vapores correos españoles ENTRE SANTANDER Y LA ISLA DE CUBA.

SALIDAS QUINCENALES. VAPORES DESTINADOS A ESTE SERVICIO. E-SKARO... CATALAN... NAVARRO... Includes a list of ship names, destinations, and departure dates.

HIJOS DE YLLERA Y C.ª - Muelle, núm. 26. Para informes generales dirigirse á sus consignatarios los señores.

SERVICIO DE LA COMPANIA TRASATLANTICA DE BARCELONA. Línea de las Antillas NEW-YORK Y VERACRUZ.

Linea de Filipinas con escalas en Port-Said, Aden, Colombo y Singapur. Incluye información sobre salidas y retornos.

Linea de Buenos Aires con escalas en Santa Cruz de Tenerife y Montevideo. Incluye información sobre salidas y retornos.

Linea de Fernando Poó con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIOS DE AFRICA. Linea de Marruecos. Incluye información sobre salidas y retornos.

Servicio de Tánger. Saldrá de Cádiz los lunes, miércoles y viernes para Tánger, Algeciras y Gibraltar.

COMPANIA DE NAVEGACION FLUVIAL Y MARITIMA. IBARRA Y COMPANIA SEVILLA. Tres servicios semanales con itinerario fijo de salida para los principales puertos de la Península.

LINEA: PASAJES Y SEVILLA. Salida de SANTANDER todos los JUEVES. LINEA: BILBAO, HUELVA Y MARSELLA. Salida de SANTANDER todos los SÁBADOS.

COMPANIA DE SEGUROS LA MARINA. ESTABLECIDA EN LONDRES EL AÑO 1836. CAPITAL SOCIAL 1.000.000 DE LIBRAS ESTERLINAS.

PARA CONSERVAR LA SALUD Y CURAR LAS ENFERMEDADES. CARABAÑA. SALINAS SULFURADAS, SULFATADO-SÓDICAS HIPOSULFITADAS. Base purgante, NaO,SO IO³ HO.-gr. 227.

COMPANIA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y SOBRE VIDAS. QUEEN. FUSIONADA AHORA CON THE ROYAL INSURANCE COMPANY. FONDOS DE LA COMPANIA EXCEDEN DE 200 MILLONES DE PESETAS.

ESTABLECIMIENTO DE HORTICULTURA DE PEDRO EDUARDO LAGUILLÓN. Jardín honorario del Excmo. Ayuntamiento de Santander. El dueño de este establecimiento, además de ocuparse de la venta de plantas de invernadero y aire libre...

DE CANTABRIA. ESTE LIBRO ES EL MEJOR RECURSO DE LA MONTAÑA. CONTIENE VEINTISIETE ARTÍCULOS Y DOCE POESIAS. DEBIDOS A LA PLUMA DE LOS MÁS NOTABLES LITERARIOS MONTAÑESES.

ESPECIALIDADES DEL INSTITUTO AUDET. Catarros, tos, ronqueras, tisis. Las Píldoras Antisépticas del Dr. Audet curan los catarros crónicos y la tisis pulmonar.

ENÉRGICO RECONSTITUYENTE VINO DE PEPTONA de CHAPOTEAU. La Peptona es, á causa de su pureza, la única empleada en el Instituto Pasteur.